

VII.

EL ORO, EL PODER, LA GLORIA Y EL AMOR.

En aquel instante encontró á dos de sus amigos que no habian tomado para aquella carnavalesca locura mas que el pequeño manto veneciano.

Era Gaston de Villeroy, que aguardaba hacia tiempo, como él, su diploma de ministro plenipotenciario y el vizconde Miravault, que se burlaba de cierta ambicion para llegar á rico el cual era un hombre de su época que deificaba el oro porque el oro lo deifica todo.

—Ah! buenos dias mi querido Fausto: buscas la ciencia?

Fausto buscando la ciencia, encontró á Margarita.

—Busco á Margarita. Sabes donde se encuentra?

—Pasa su tiempo diciendo que ama mucho como todas las Margaritas.

—No, la mia dice que no ama extraordinariamente.

Octavio volvió á apoderarse del divan con sus amigos.

—Sentémonos: este es un punto magnífico. Las mujeres os pisan; pero son tan ligeras!...

—Observaste, dijo el Sr. de Villeroy al vizconde de Miravault, que Parisis nunca hace traicion á su destino? Nació para hacer la desgracia de todas las mujeres.

—Menos la de la suya cuando se case.

—No temais, dijo Octavio, la red no está tendida.

—Vé con tiento que aquí se tienden muchas.

—Y tu Gaston, dijo Parisis, tu no haces tampoco traicion á tu destino. Eres tan diplomático que ni siquiera lo pareces.

—La diplomacia es solo un camino, no una carrera: su verdadero objeto consiste en el poder. Ya verás cuando llegue á ministro; pero no ministro de Rio-Janeiro ó de Toukin, sino ministro de Estado. Ya verás entonces si hago traicion á mi destino. Oh! oh! gobernar los hombres!

—Oh! oh! gobernar las mujeres! dijo Parisis como si tuviese conciencia de su mision.

—Sois dos niños, dijo el vizconde de Miravault, enseñando un napoleon: he aquí el verdadero poder. Cuando yo tenga siete ú ochocientos mil de estos soldados alineados en forma de batalla, seré dueño de todo el mundo, dueño de vuestras conciencias y dueño de vuestras mujeres. Yo no caeré del ministerio y no veré huir mis cortesanos.

—Perseguís uno y otro una quimera, dijo Parisis. Yo me atengo á la mia.

—Sí, pero tu despertarás una mañana arrastrando la pata hácia los Inválidos del amor; pues tu no tendrás el supremo consuelo de morir de un rayo como en la cena del comendador.

—Es singular, dijo el Sr. de Villeroy: quizá nosotros somos los hombres mas formales que hay en esta fiesta, pues los tres poseemos nuestra teoría y nuestra voluntad propia. Yo me llamo el Poder.

—Porque no eres nada.

—Tu, dijo Miravault á Octavio, tu te llamas el Amor porque le has matado.

—Tu te llamas el Dinero porque no tienes un céntimo.

Un hombre disfrazado de diablo á cuatro, escuchaba en la puerta.

—Olvidais á un amigo que se llama la Gloria.

—La gloria, dijo Octavio: no vale lo que el diablo.

—Es el diablo á cuatro, dijo Miravault reconociendo á Monjoyeux.

—Sí: es el diablo á cuatro, replicó Parisis estrechando la mano del recién llegado:

—Y sinó, mirad: el primero, Rodolfo de Villeroy, aspira al PODER;

El segundo, Miravault, quiere reinar con el DINERO;

El tercero, Monjoyeux, sueña en las quimeras de la GLORIA;

El cuarto, Octavio de Parisis, no quiere tentar mas que la MUJER.

—Pues bien, dentro de diez años veremos quien se habrá equivocado, exclamó Villeroy.

—Los cuatro, dijo Parisis.

Y se levantó para acompañar sus amigos al buffet.

—Vamos á coger fuerzas, para conquistar el mundo.